

CONQUISTA

BARRY N. MALZBERG

Barry Malzberg entró en la SF trabajando en la agencia literaria de Scott Meredith, que representa a gran parte de los autores importantes del género. Durante un tiempo escribió sus historias bajo el seudónimo de K. M. O'Donnell, antes de pasar a formar parte del *staff* directivo de las revistas *Amazing* y *Fantastic*. Desde entonces, y con su verdadero nombre, ha publicado algunas de las más impactantes historias de los últimos años, entre las que hay que destacar la novela *Beyond Apollo*, que mereció el Premio Campbell. He aquí, de su mano, una sarcástica historia acerca de la aberrante estupidez humana.

Redleaf tiene una visión entrando en el muelle: los alienígenas se parecerán a su esposa y sus bocas se retorcerán acusadoramente cuando le digan desabridos: "¿Qué demonios haces aquí con esa facha? Apenas tienes derecho a vivir y menos todavía a estar en nuestros cuarteles. ¡Márchate ahora o te quitaremos la máscara de oxígeno y te echaremos nosotros mismos!" O quizá estaba simplemente confundiendo una imagen por otra y pensaba, de hecho, en su madre. La cuestión es que ni él, ni nadie, había estado nunca en una situación como esta antes de ahora y cree que hace bien, muy bien considerando todos los factores, en llegar hasta el final.

—Hola—dice el alienígena cuando Redleaf vacila en la portilla de entrada.

El extraño tiene ojos rojizos y un semblante casi cuadrado. En otras palabras, como dirían los científicos, es un humanoide. Tal vez tiene un cierto ajuste defectuoso en sus miembros y quizás la voz tiende a ser chillona, pero de hecho todo está bien, casi agradable, dentro de los límites de una conducta aceptable. Redleaf se siente enormemente aliviado, aunque los problemas de la negociación siguen en su sitio y no sabe si podrá resolver alguno.

—Ha tardado una eternidad en llegar hasta aquí, compañero —dice el alienígena. Y, viendo el asombro de Redleaf, prosigue—: ¿No lo sabía? Conocemos a la perfección su idioma y muchas otras cosas. Lo aprendimos a través de nuestros sensores de pensamiento, que han estado interceptando sus comunicaciones durante siglos. Pensamos que sería mejor hablar en su idioma la primera vez que nos viéramos, porque mantendría calmado al gobierno. En la actualidad, muchacho, sabemos hasta la última palabra del viejo argot. ¿Por qué no entra y se pone cómodo? Mataremos el tiempo, nos "enrollaremos", y luego veremos qué se puede hacer.

Redleaf le sigue lentamente, pensando que iba a tener muy poca paciencia con la jerga del alienígena.

Contemplando el aspecto curiosamente hogareño de la habitación a la que le ha llevado el alienígena, Redleaf no puede pensar en otra cosa más que en el cuarto de estar de su propia casa. Hay un sofá, una mesa en un rincón, y hasta unas cuantas pinturas esparcidas en las paredes, con un gusto horrible similar al de su esposa. De

no ser por las extrañas circunstancias del momento y, claro está, por su no menos extraño compañero, podría estar sentado en su propio hogar, dejando pasar el tiempo sin preocupación, con el zumbido adormecedor de la televisión manteniendo quietos a los niños en la otra habitación y con el ronco sonido de la respiración de su esposa mientras resuelve algún crucigrama. Era un gran cambio haber dejado aquello por esto; una ironía que seguro habría apreciado en otras circunstancias, es decir, si pudiera mantener el gusto por las ironías que su esposa afirma que es algo que él nunca ha tenido y que ha ido convirtiendo su vida matrimonial en algo cada vez más insoportable.

—Mire, muchacho—dice el alienígena, sentándose con las piernas cruzadas en el sofá, en una posición que para él debe ser cómoda, cara a cara con Redleaf. Este ha cogido una de las sillas y explica que la encuentra más confortable para su voluminoso traje espacial—, la cuestión es que les hemos estado estudiando durante todos estos años, quizá quinientos de sus ciclos, y hemos decidido al final que han alcanzado un punto tal que, si no negociamos con ustedes y logramos que no pierdan su cordura, van a pelearse hasta con estatuas de cera. Queremos que se unan a la gran confederación, es decir, a la Confederación Galáctica. Todas las razas vivientes y pensantes pertenecen a ella, a excepción de unas pocas de los suburbios, como la suya. Es una organización bastante libre, agradable y no hay reglas, excepto las de tierra. Es decir, lo que queremos que haga es dar instrucciones, quitarse un peso de la cabeza, unirse a nuestra federación, abandonar el armamento pesado y vivir bien. Pueden conservar los cohetes, claro está. Y pueden disponer de todo el sistema solar como zona de comercio. No hay aquí, para nosotros, nada que valga realmente la pena; lo consideramos como una especie de barrios bajos, no sé si lo comprende. Durante eones y eones no nos volverán a ver. Pero en cuanto al armamento, ahí está la cuestión, podemos inutilizarlo si les es más cómodo.

—Pero no lo comprende —dice Redleaf. Se frota las manos, o mejor dicho los guantes de acero, y siente la frialdad del material tanto como su propia e incontrolable inquietud—. No estoy autorizado para eso. Quiero decir que no puedo negociar con usted. Fui enviado, simplemente, como un emisario en respuesta a su petición. No tengo autoridad, sólo puedo ser emisario de...

—Transmitir o acordar—dice el alienígena—, ¿cuál es la maldita diferencia? Pactamos con usted y ahí termina todo. Nuestros hombres actúan y cumplen con su obligación. Todo lo que tiene que decir es una palabra, y tendremos el consentimiento legal de un miembro del planeta. Contésteme, no se trata más que de eso. ¿Sí o no? Mire: Me extenderé más. Escuche esto... Poseen el sistema solar y, también, toda la radioactividad; por nuestra parte, haremos unos cuantos arreglos en su maquinaria, y eso es todo.

—No habla claro —afirma Redleaf—. ¿Cómo pueden reducir la radioactividad, por una parte, y dejar en servicio nuestros cohetes, al mismo tiempo? No parece coherente.

—Entonces, ¿es un pequeño engaño? —El alienígena se encoge de hombros—. Permítame hacer el trabajo, lo haré, y nadie sabrá nunca la diferencia. No necesitan para nada el espacio. Tienen todo este suburbio para poner en condiciones y muchos miserables que rehabilitar. Los conflictos en que se hallan metidos ahí abajo les

llevarán quinientos años antes de que puedan resolverlos, y suponiendo que empiecen hoy. ¿Quién vivirá dentro de quinientos años? Dicho sea de paso, la inmortalidad es imposible; prácticamente, han llegado a lo máximo conseguible.

—Mire—replica Redleaf—, no me gusta su actitud. Se suponía que esto era sólo un contacto inicial y...

—¿Y qué? ¿Cree que podemos actuar diplomáticamente? Una relación modélica y decisiones tomadas poco a poco; deben acabar con eso. Haga el trato, eso es todo. Por supuesto, también usted ganará algo.

En cierta ocasión, haciendo el amor con su esposa y en los umbrales del orgasmo, Redleaf creyó tener una visión, algo tan profundo que pretendía significar su futuro: ¡Estaba sentado en un inmenso trono administrando irrevocables leyes! La visión emergió con tal fuerza y claridad que le había forzado a emitir un gemido de asombro. Su esposa pensó que estaba eyaculando y, con toda consideración, contrajo sus muslos. La visión desapareció mientras brotaba el semen y Redleaf se desplomó sobre la mujer, jadeando en silencio, contemplando como la habitación daba vueltas en su cabeza y dándose cuenta, justo entonces, mientras su corazón latía apresuradamente, de que aquella visión no era nada, nada en absoluto. Simplemente un fragmento de aquella megalomanía que de vez en cuando se apoderaba de él en el acto de la procreación y que no estaba relacionada ni con su pasado ni con su futuro; algo tan sólo físico, cuestión orgánica. Su destino no era nada extraordinario, estaba escrito ya en sus células. Todo seguiría igual y algún día le enviarían a Marte, como a otros, para que transmitiera desde allí sus informes sobre el territorio. Nada obtendría de todo esto.

—Nada, nada —dijo a su esposa.

Luego, acariciando el pecho izquierdo femenino, había empezado de nuevo sus rítmicos movimientos, intentando conseguir (como alguna otra vez) la sorpresa de un segundo orgasmo. Pero no, no aquella noche, y por eso se había apartado de su esposa con frialdad, pensando en Fobos y Deimos, malditas esferas embrujadas, girando en la helada noche, y él y otro en Marte, atrapados en ozono, escuchando los rumores del espacio.

—No pretendo ser una figura diabólica o un demonio—dice el alienígena—, pero, después de todo, ¿qué esperaba encontrar aquí? ¿Una partida de cartas? Negocios, esa es nuestra tarea. He estado manejando esta maldita subestación durante cuarenta años, es un aburrimiento. No puedo andarme con rodeos o desollar el conejo.

—¿Desollar el conejo?

—Andarse por las ramas. No sé, es difícil tenerlo todo en la cabeza. Ahí abajo el idioma cambia con rapidez.

—¿Pretende decir que está solo en la estación?

—Claro, es un servicio civil. Ya sabe, es cuestión de hacerse valer y en la actualidad soy un miembro muy joven. Obtendré mejores puestos, volveré al centro de la galaxia, me casaré y será muy agradable estar fuera de esto. Las pequeñas bellotas originan grandes robles.

—¿Cuarenta años?

—Digamos que cuarenta y dos. Sin contradicciones, así vivimos nosotros. ¿Qué contesta? Nos quedamos con el material radioactivo y usted consigue una bonificación. Podemos convertirle en un héroe o algo así. O puedo darle dinero si es eso lo que desea. Tenemos cierta cantidad aquí, para casos de emergencia.

—Es todo muy precipitado—dice Redleaf—. Parece como si...

—Cuanto más pronto arreglemos esto, más pronto podré cerrar la subestación y regresar a mi mundo. ¿Qué contesta? Podemos hacerlo en la forma que más le guste. Ambos nos beneficiaremos. Déme autorización y el resto corre de mi cuenta

—No lo sé. No lo sé.

Sus jefes le habían recordado que representaba la esperanza de la Humanidad y que una vez dijera que sí ya no habría posibilidad de volver atrás: se hallaría comprometido con la misión y debería reunirse con el alienígena. Le habían señalado, también, los lucrativos contratos con la televisión y las editoriales que obtendría como resultado de su tarea.

—Hay otros —le habían dicho—, muchos otros que lo harían. Le elegimos a usted porque parece el más cualificado, pero si no quiere...

—No, no: iré —había replicado.

Luego le dijeron que serviría a los mejores intereses de la Tierra estableciendo aquel contacto con los alienígenas que habían estado comunicándose con ellos. Su primer pensamiento, casi el primero, cuando abandonó la sala fue el de que si triunfaba podría, con toda probabilidad, cambiar su vida rutinaria, quedar en alguna forma al margen de ella y en una situación en la que ni el proyecto, ni Marte, ni todo su trabajo o su esposa pudieran preocuparle en lo más mínimo. Agradablemente libre y con la brisa del éxito refrescando siempre su cara. Casi veinte años tarde para eso, veinte años más viejo... y no había que olvidarlo.

—No puedo hacerlo—dice Redleaf. Busca a tientas la pistola que lleva en su traje, pesada y de mala calidad, pero la encuentra.

—Simplemente no puedo. Soy una persona íntegra y debo pensar en la Tierra y en las futuras generaciones de hombres.

La bala perfora lo que parece ser el corazón del desprotegido alienígena, cuyos ojos se ensanchan mientras retuerce su cuerpo, y se derrumba gimiendo y chorreando sangre delante de Redleaf. Se desprenden de él diminutos fragmentos de sus tejidos; su mismo cerebro parece desgarrarse en la agonía y brotar por entre los labios, mientras intenta, inútilmente, asir algo. Se retuerce una vez más y queda inmóvil.

Redleaf enfunda el arma sintiéndose satisfecho. Tal vez las futuras generaciones oigan decir que él es el hombre que ha salvado a la Tierra y supone que así será. En cualquier caso, seguro, no será nunca más un hombre anónimo.

Redleaf busca su transmisor y habla a través del pequeño micrófono de muñeca:

—Ya es mío. Le he dejado frito. No hay razón para soportar a esta mierda. Quería deshacerse de nuestro armamento.

—Eso es espléndido—dice una voz fuerte, chillona—. Me alegra oírlo. Eso significa que usted ha pasado la prueba.